



**VANESSA
ROMERO ROCHA**
@vannessarr



Paradójicamente, si usted decide no votar porque cree que la reforma judicial es una farsa, terminará convertido en su mejor cómplice.

Votar

Será domingo cuando usted, que se cree al margen –inmune al ruido y ajeno al engranaje– tome una importante decisión ética.

Podrá espabilarse, perder más de medio día husmeando biografías de un puñado de desconocidos que aspiran a cargos que no termina de entender y –con más dudas que convicciones– emitir su voto.

O no. También podrá elegir no hacerlo: quedarse en casa.

Para justificarse, le bastará recitar el credo que los opositores a la reforma le han machacado: que todo está cocinado, que los candidatos son todos guindas, que el acarreo, que los acordeones. Argumentos fragmentarios que se tropiezan entre sí: ¿cómo puede ser un voto irrelevante y decisivo a la vez?

La verdad suele esconderse en estrechos rincones. Y nuestras cabezas –por sesgo o pereza– prefieren las mentiras simples a la realidad compleja.

Los demonios que esta elección convoca son reales; se han nombrado hasta el hastío. La reforma es incómoda, opaca e imposible de asimilar. Sin embargo –esto sus predicadores no se lo cuentan–, lo del primero de junio no es un plebiscito sobre su personal malestar. Su opinión –le recuerdo– ya pudo expresarla un año atrás: el día que votó (o no) por un proyecto político que prometió renovar un Poder Judicial del todo inútil.

El gesto legítimo y soberano de no votar el Día D no desandarà el camino. Su boleta en blanco difícilmente detendrá la maquinaria o hará retroceder la reforma en los términos que avanza. Quien le asegure lo contrario, miente.

Abstenerse de acudir a las urnas el próximo domingo tendrá poco de heroico. Será, mirado de frente, una expresión de desdén hacia el mandato democrático que a ellas nos convoca. Nos guste o nos repugne. Porque en democracia –ausentes, disidentes, ganadores y perdedores– estamos encadenados por la voz de la mayoría.

Donde algunos ven en la votación judicial el fin de la democracia, yo advierto –con más desasosiego que entusiasmo– la forma más áspera de honrarla. En palabras de Javier Cercas: la manera de estirar hasta el límite las formas frágiles de la democracia.

Es cierto: la reforma judicial fue un Armagedón. Se llevó empleos, trituró trayectorias, arrasó planes de vida. Con ese paisaje humeante de fondo, la oposición plantea una hipótesis seductora: que votar será aplaudir las tropelías. Lo que no dicen es que más del 60% de los candidatos en la boleta ya formaban parte del Poder Judicial. Y que muchos de ellos solo tendrán una oportunidad si usted se aparece el domingo ante las urnas.

¿Habrà movilización partidista?

Por todos lados. ¿Será, en muchos casos, un juego desigual? Está plenamente documentado. ¿Se implementó con prisa innecesaria? Ni duda. ¿Es difícil saber por quién votar? Un enredo. ¿Nos faltarán los atajos mentales que dan las siglas partidistas? También.

Con todo, el elector más o menos atento sabrá que no votar el domingo no arreglará las grietas de la reforma. Las profundizará.

Paradójicamente, si usted decide no votar porque cree que la reforma es una farsa, terminará convertido en su mejor cómplice. En una elección con niveles de participación proyectados entre el 8 y el 15%, el resultado quedará en pocas manos. Y se sabe: hasta la pata de la vaca ayuda al matador.

No votar será –discúlpeme la crudeza– el gesto exacto que materializará sus peores temores. Será el fuego que avive la lumbre, así como un acto final de rendición. Amantes de los contrapesos negándose a actuar como uno.

Votar no será placentero. Será incómodo, lento, imperfecto. Pero también será una declaración ética: el reconocimiento de que abstenerse no es un acto de rebeldía sino de lisa y llana complicidad.

Una forma de colaboración silenciosa de la que usted solo se librará participando. La única alternativa que no lo dejará atrapado, callado, cómplice y espectador.